

# Churchill y Keynes: el patrón oro y la economía



Manuel Mora Lourido

Winston Churchill durante gran parte de su vida tuvo dificultades financieras, que en gran medida provenían de los desajustes y tensiones resultantes de aplicar las reglas por la que guiaba su economía doméstica. A saber: primera, que el gasto debía estar determinado por las necesidades y no por los recursos y, segunda, que cuando la diferencia entre los gastos y

los ingresos fuera demasiado grande, la solución estaba del lado de aumentar los ingresos y no del de reducir los gastos.<sup>1</sup>

Es de suponer que estos principios, por otro lado bastante habituales en la práctica política, no hayan sido los que llevaron al primer ministro Stanley Baldwin a ofrecer a Churchill a fines de 1924 el puesto de canciller del Exchequer y hacerse así cargo del Ministerio de Hacienda. En cualquier caso el ministro Churchill, consciente de la diferencia entre su manera personal de entender el papel del dinero y la función efectiva de éste en la economía de una nación, en su cometido al frente del Tesoro se dejó aconsejar por las principales figuras del *stablishment* económico y financiero británico. Así fue en el caso del polémico retorno de la libra al patrón oro.

Hasta la Primera Guerra Mundial Gran Bretaña actuaba en la práctica como el banquero del mundo, Londres era el centro del *clearing*, o compensación de créditos y débitos, en el comercio internacional, y la libra ejercía el papel no sólo de moneda nacional sino también internacional. Este sistema monetario estaba formalmente fundamentado en el patrón oro, esto es, en la convertibilidad del papel moneda en oro a un tipo fijado de antemano.

---

<sup>1</sup> Ver Roy Jenkins. *Churchill*. Macmillan. Londres. 2001. p. 28. Edición española: Ediciones Península. Barcelona. 2002. p. 49.

Aunque también hay que tener en cuenta la función clave desempeñada por el crédito bancario en la expansión económica, el esplendor de la economía británica durante los reinados de Victoria y Eduardo VII estaba asociado en la mente de casi todos a la existencia del patrón oro. En consecuencia, en el proceso de reorganización de la economía después de la Gran Guerra, se planteó la vuelta al patrón oro que se había abandonado como resultado de la misma, en un debate que reproducía el habido un siglo atrás al finalizar las Guerras Napoleónicas. Así, en 1920 en Bruselas una reunión de expertos preparó lo que en la Conferencia Monetaria de Génova de 1922 sería propuesto como *gold exchange standard* o patrón de cambios oro. Este sistema, en el que ya la convertibilidad se reducía al caso de grandes sumas de papel moneda y, por tanto, las reservas de oro actuaban básicamente sólo como garantes del valor de la moneda, no sería establecido formalmente mediante un convenio pero en general funcionaría en la práctica hasta 1930.

Cuando Churchill accedió al Exchequer, en noviembre de 1924, la vuelta al patrón oro no era por tanto una cuestión nueva, pero el Reino Unido aún no había adoptado la decisión de incorporarse al sistema. Dado que la Ley del Parlamento que suspendía los pagos en oro dejaba de estar en vigor al final de 1925, le tocaría a Churchill el tomar la decisión al respecto. Y Churchill no lo tenía claro. De hecho convocó más de una reunión de expertos para formarse un criterio.

Había unas pocas voces en contra de volver al patrón oro, como la del economista de Cambridge John Maynard Keynes, quien señaló:

Un patrón oro no significa, en la práctica, otra cosa que tener el mismo nivel de precios y los mismos tipos de interés (hablando en general) que Estados Unidos. La totalidad del objeto es vincular *rígidamente* la City y Wall Street. (...) esto puede ser un procedimiento peligroso.<sup>2</sup>

En opinión de Keynes, Estados Unidos, debido al continuo crecimiento de su economía, podía soportar desajustes temporales en la misma, como lo había hecho la economía británica en el siglo anterior. Pero la situación de Gran Bretaña en ese momento, con un millón de desempleados y con tasas de crecimiento muy bajas en el mejor de los casos, era bien diferente. “Estados Unidos puede sufrir tempestades industriales y financieras en los próximos años, y apenas le afectarán; pero nosotros, si las compartimos, podríamos poco menos que ahogarnos”, advertía Keynes.<sup>3</sup>

Pero la gran mayoría de los expertos, liderados por el gobernador del Banco de Inglaterra Montagu Norman, estaba a favor de la medida. El secretario del Foreign Office y antiguo canciller del Exchequer, Austen

---

<sup>2</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume V. 1922-1939*. Heinemann. Londres. 1976. pp. 96 y 97.

<sup>3</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume V. 1922-1939*. Heinemann. Londres. 1976. p. 97.

Chamberlain, dijo a Churchill: “Todo el mundo espera ahora que retornemos al patrón oro, y se ha convencido de que podemos hacerlo. Si no lo hacemos, no sólo no estaremos donde estábamos, sino que inevitablemente iniciaremos un movimiento regresivo”.<sup>4</sup>

Aunque la libra se había depreciado alrededor de un diez por ciento, en la vuelta al patrón oro al tipo anterior a la guerra había un intento de recobrar el valor de la divisa y con ello el prestigio financiero británico. Un periódico de la City londinense señalaba en 1924: “Para hablar claramente, digamos que la libra depreciada sería eliminada de las relaciones financieras internacionales por las dos grandes monedas oro, el dólar y el marco. Si queremos defendernos, la libra debe vincularse al oro se quiera o no”.<sup>5</sup>

Sin embargo la situación no era la misma que antes de la guerra. Londres ya no era el único centro financiero mundial, sino que París y, especialmente, Nueva York eran centros alternativos: ya no había una autoridad central en el sistema monetario internacional. Y asimismo, la economía británica había perdido competitividad internacional con respecto a los niveles previos a 1914.

---

<sup>4</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume V. 1922-1939*. Heinemann. Londres. 1976. p. 96.

<sup>5</sup> *Westminster Bank Review*, junio de 1924. Citado por Maurice Niveau en *Historia de los hechos económicos contemporáneos*. Editorial Ariel. Barcelona. 1973. p. 250.

Por otro lado, al haberse depreciado la libra, la fijación de la paridad con el oro al tipo anterior a la guerra significaba forzosamente una política deflacionista, esto es, encaminada a procurar un descenso en el nivel general de precios, a fin de poder mantener el tipo de cambio de la divisa británica. Se temía que, en el proceso de ajuste, esto significase desempleo a corto plazo, en una situación económica que, a diferencia de la norteamericana como se ha visto, no era expansiva sino de estancamiento. Keynes había dejado claro su criterio contrario a provocar una deflación y no creía que era mejor favorecer el equilibrio externo (estabilidad del tipo de cambio) a costa de sacrificar el equilibrio interno (estabilidad de los precios).

Por el contrario, para Otto Niemeyer, alto cargo en el Tesoro, la alternativa a la vuelta al patrón oro era la inflación, que destruiría el crédito de la nación y provocaría la pérdida de valor de la libra, el incremento de las demandas salariales y los consecuentes perjuicios para las industrias.

Churchill seguía dándole vueltas al asunto cuando convocó a una cena a varios expertos para tratar la cuestión. Entre ellos estaban Keynes y Reginald McKenna, un antiguo canciller del Exchequer que compartía la opinión de Keynes contraria a la vuelta al patrón oro. En un momento Churchill dijo: “Esta no es enteramente una cuestión económica; es una decisión política”. Y a continuación preguntó a McKenna: “Usted ha sido un político; de hecho usted ha sido canciller del Exchequer. Dada la situación, ¿qué decisión tomaría?”. La respuesta fue clara: “No hay

escapatoria; usted tiene que regresar [al patrón oro]; pero eso será el infierno”.<sup>6</sup>

Churchill, aunque “de mala gana y lleno de recelos”,<sup>7</sup> finalmente decidió la vuelta de la libra al patrón oro, lo que se produjo el 13 de mayo de 1925, a la paridad existente antes de la guerra.

Keynes, quien como se ha visto no estaba a favor de dicho regreso, pero sobre todo estaba en contra de hacerlo a un tipo de conversión no real, se preguntaba “¿por qué [Churchill] hizo una cosa tan disparatada?”,<sup>8</sup> y su respuesta era que “sobre todo, porque fue muy mal asesorado por sus expertos”.

Sin embargo, es de observar en el siguiente cuadro la evolución de los precios, los salarios y la ocupación en Gran Bretaña durante los años en que Churchill estuvo al frente del Ministerio de Hacienda.

---

<sup>6</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume V. 1922-1939*. Heinemann. Londres. 1976. p. 100.

<sup>7</sup> En palabras de John Kenneth Galbraith. *Memorias de una vida de nuestro tiempo*. Ediciones Grijalbo. Barcelona 1982. p. 84.

<sup>8</sup> John Maynard Keynes. *The Economic Consequences of Mr. Churchill*. The Hogarth Press. Londres. 1925. p. 10. Edición española: *Las consecuencias económicas de Churchill en Ensayos de persuasión*. Editorial Crítica. Barcelona. 1988. p. 218.

## ÍNDICES DE LOS PRECIOS Y SALARIOS EN GRAN BRETAÑA <sup>9</sup>

(base 1938=100)

Año	Precios al por mayor	Precios al por menor	Salarios	Paro en % de la población activa
1925	131	118	96	11
1926	122	110	96	12
1927	117	107	96	10
1928	116	106	96	11
1929	113	105	95	10

Hay que tener en cuenta que para una visión de conjunto habría que considerar además otras magnitudes macroeconómicas y, por otro lado, que los índices generales no muestran los efectos de los ajustes sectoriales en un proceso deflacionista como el vivido en esos años en el Reino Unido. No obstante lo anterior, el desempleo y los salarios, como se ve, se mantuvieron prácticamente al mismo nivel durante todo el período,

---

<sup>9</sup> El cuadro procede de Feavearyear. *The Pound Sterling*. Clarendon Press. Oxford. 1963. p. 365. Reproducido por Maurice Niveau. *Historia de los hechos económicos contemporáneos*. Editorial Ariel. Barcelona. 1973. p. 253.



mientras que los precios experimentaron una reducción significativa, esto es, hubo un aumento del poder adquisitivo de los que tenían trabajo. La política económica de Churchill, aunque insatisfactoria desde las expectativas creadas después de la guerra, especialmente en lo referente a la reducción de la tasa de paro, tampoco fue una catástrofe, aunque el propio Churchill señalaría años después que la vuelta al patrón oro había sido el mayor “patinazo” de su vida.<sup>10</sup>

La revalorización de la libra, además de las repercusiones internas que generó, afectaría de forma especial a aquellas zonas que tenían una fuerte vinculación con la economía británica, como era el caso de las Islas Canarias, ya que, *ceteris paribus*, esto es, al margen de la consideración de otros factores como la evolución del tipo de cambio de la propia moneda, en el caso español la peseta,\* la posición adoptada por la libra esterlina suponía un encarecimiento de las importaciones procedentes del Reino Unido a la par que una mayor retribución de las exportaciones al mismo.

Esta situación de pérdida de competitividad en el mercado exterior añadiría una dificultad importante a la actividad de un sector clave de la

---

<sup>10</sup> Lord Moran. *Winston Churchill. The struggle for survival, 1940-1965*. Constable. Londres. 1966. p. 303.

\* Durante el periodo 1925-1929 no hubo grandes oscilaciones en la cotización de la peseta frente a la libra esterlina, cuyo tipo de cambio se encontraba en torno a las 32 pesetas por libra. Entre 1925 y 1927 la peseta se apreció ligeramente y entre 1927 y 1929 se depreció también de forma ligera, aunque fue el inicio de un período de depreciación más prolongado que duró hasta 1931 cuando el Reino Unido abandonó el patrón oro.

economía británica como era el de la minería del carbón, ya de por sí con serios problemas estructurales. Todo ello desencadenó una huelga general en 1926, frente a la que Churchill tomó parte activa desde las filas del Gobierno, siendo responsable durante unos días de la edición del único periódico que se publicó, la *British Gazette*, de carácter gubernamental. En palabras de Keynes, “la condición de los mineros del carbón es la primera, pero no -a menos que tengamos mucha suerte- la última de las consecuencias económicas de Churchill”.<sup>11</sup>

Keynes expuso públicamente su oposición a la decisión adoptada de volver al patrón oro en una serie de artículos en el *Evening Standard* en julio de 1925. Una semana después aparecieron reunidos con el título de *Las consecuencias económicas del Sr. Churchill*, parafraseando a su gran éxito editorial de 1919 *Las consecuencias económicas de la paz*, en contra de las condiciones impuestas en Versalles a Alemania tras la guerra.

A las ironías de Keynes sobre las actuaciones políticas de Churchill, éste, que al respecto no le iba a la zaga, no se quedaba sin devolverle los cumplidos. Así, se le ha atribuido a Churchill la siguiente expresión al tratar, tiempo después, sobre el criterio de los economistas: “Si usted pone dos economistas en una habitación, obtendrá dos opiniones diferentes; a

---

<sup>11</sup> John Maynard Keynes. *The Economic Consequences of Mr. Churchill*. The Hogarth Press. Londres. 1925. p. 23. Edición española: *Las consecuencias económicas de Churchill* en *Ensayos de persuasión*. Editorial Crítica. Barcelona. 1988. p. 229.

menos que uno de ellos sea Lord Keynes, en cuyo caso usted tendrá invariablemente tres opiniones bastante diferentes”.<sup>12</sup>

Churchill saldría del Gobierno en junio de 1929, pocos meses antes del *crack* de la bolsa de Nueva York -que, por otro lado, afectaría de forma importante a sus finanzas personales-, y, finalmente, Gran Bretaña abandonaría el patrón oro el 21 de septiembre de 1931, en medio de la depresión mundial.

A pesar de la importante diferencia con Keynes en la cuestión de la vuelta al patrón oro, Churchill siempre sintió por éste un gran respeto y en 1927 le invitó a entrar en el Other Club, el peculiar club privado del que Churchill fue fundador.\* Pocos años más tarde Keynes contribuyó al regalo, un automóvil *Daimler*, que los amigos de Churchill le hicieron a éste a su regreso a Inglaterra después de un viaje a Nueva York donde sufrió un grave accidente que casi le costó la vida.

---

<sup>12</sup> Citado por Charles Bean, Economista Jefe del Banco de Inglaterra. Conferencia *Economists and the Real World*. London School of Economics. Londres. 29 de enero de 2003.

\* En 1911, Churchill, Lloyd George y F. E. Smith, luego lord Birkenhead, fueron invitados a formar parte del “Club”, el selecto grupo londinense del que formaban parte eminentes personalidades de la época. Sin embargo, y paradójicamente, a la hora de la elección formal los tres recibieron las “bolas negras” que suponían su rechazo. En respuesta, crearon el “Other Club” (el otro club) cuyos miembros se reunían para cenar en el Hotel Savoy.

Por otro lado, aunque Churchill estaría complacido por el rechazo de Keynes al comunismo, cuya aplicación en Rusia pudo comprobar éste en su viaje de 1925, se hubiera sentido cuanto menos inquietado por las palabras que el profesor de Cambridge incluyó en el prólogo a la edición alemana de 1936 de su obra *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*:

La teoría de la producción agregada, que es la que este libro pretende proporcionar, se adapta más fácilmente a las condiciones de un estado totalitario de lo que lo hace la teoría de la producción y distribución de un producto dado producido en condiciones de libre competencia y grandes dosis de *laissez-faire*.<sup>13</sup>

Keynes, sin embargo, participó activamente en el esfuerzo de guerra contra el nazismo alemán colaborando con el gobierno de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial como asesor externo del Ministerio de Hacienda, a cuyo frente estaba como canciller del Exchequer Kingsley Wood. En 1940 Keynes elaboró para el Foreign Office un memorándum dejando en evidencia, en palabras de Anthony Eden, “las falaces promesas nazis de un paraíso económico y financiero, del que estaba haciendo alarde Hitler en apoyo de su Nuevo Orden”.<sup>14</sup> Keynes fue realmente el *alma mater* del Tesoro en esos años en los que, al servicio del esfuerzo de guerra, se

---

<sup>13</sup> Citado por Murray N. Rothbard. *Keynes, the Man*. The Ludwig von Mises Institute. On line edition. 2003. p. 30.

<sup>14</sup> Anthony Eden. *The Eden Memoirs. Volume III: The Reckoning*. Londres. 1965. p. 258.

produjo un sustancial incremento de la intervención del Estado en la economía británica. Ante el futuro, Keynes, liderando la representación del Reino Unido, tuvo igualmente una fundamental participación en los acuerdos de Breton Woods, en 1944, que establecieron las bases del sistema económico internacional de la posguerra.

Asimismo, Churchill no estaba muy alejado en otras cuestiones de las posiciones de Keynes, aun antes de que fueran formuladas por éste. Ya en noviembre de 1899, Churchill escribía a su amigo norteamericano Bourke Cockran: “El capitalismo en la forma de *trusts* ha alcanzado un grado de poder que los viejos economistas jamás contemplaron y que incita mi más vivo terror. Los principios del mercado están muy bien, pero si bien no tengo nada que decir a ello, su reino no será de este mundo”.<sup>15</sup>

Años más tarde, siendo ministro de Comercio y tomando como ejemplo a la experiencia alemana de la época, escribió, en diciembre de 1908, al primer ministro Herbert Asquith proponiendo que “el gasto de menos de diez millones al año, no en beneficencia, sino en maquinaria y estímulos a la economía, haría de Inglaterra un país diferente para los pobres”.<sup>16</sup> Poco antes ese mismo año había señalado que era “una suma necesidad para nosotros hacer una provisión de carácter científico contra las fluctuaciones

---

<sup>15</sup> Recogido por Randolph Churchill en *Winston S. Churchill. Companion Volume I. Part 2. 1896-1900*. William Heinemann. Londres. 1967. p. 1083.

<sup>16</sup> Recogido por Randolph S. Churchill en *Winston S. Churchill. Companion Volume II. Part 2*. Heinemann. Londres. 1969.

y retraimientos que son inevitables en el mundo del comercio y en la industria nacional”.<sup>17</sup>

En junio de 1910, en carta parlamentaria al nuevo rey Jorge V, Churchill, que entonces era ministro del Interior, volvía sobre la cuestión reflejando su opinión de que siempre había creído posible “con nuestra actual ciencia y civilización mitigar la violenta fluctuación del comercio recurriendo a las obras públicas de un carácter reproductor, que podrían llevarse a cabo tranquilamente en los buenos tiempos y activamente en los malos”.<sup>18</sup>

Y en noviembre de 1918, en Dundee, se manifestó partidario de la nacionalización de los ferrocarriles, basándose en que las grandes políticas económicas de los nuevos tiempos, como las cuestiones de los asentamientos rurales y las nuevas industrias, precisaban disponer del control de los medios de transporte. Éstos deberían ser dirigidos con criterios de búsqueda del beneficio, pero las pérdidas podrían ser asumidas por el Estado si los ferrocarriles “desarrollando las industrias, creando otras nuevas, reanimando la agricultura y acercando el comerciante a sus mercados, estimularan un gran desarrollo en la nación”.<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> Citado por Randolph S. Churchill en *Winston S. Churchill. Volume II. Young Statesman 1901-1914*. William Heinemann Ltd. Londres. 1967. p. 303.

<sup>18</sup> Recogido por Randolph S. Churchill en *Winston S. Churchill. Companion Volume II. Part 2*. Heinemann. Londres. 1969.

<sup>19</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume IV. 1917-1922*. Heinemann. Londres. 1975. p. 43.

Era asimismo Churchill partidario de la participación estatal en aquellas empresas que de alguna manera se veían beneficiadas de su relación con el Estado. Así, ante el acuerdo de 1913 con la Anglo-Persian Oil Company, posteriormente British Petroleum, por el cual ésta garantizaba al gobierno británico el suministro del combustible que precisaba para los nuevos buques a petróleo de su Armada, Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo, consideraba que:

Nosotros sabíamos que por nuestro contrato le conferiríamos a la Anglo-Persa una inmensa ventaja que, unida a la concesión [para la explotación del petróleo de Persia], fortalecería enormemente a la Compañía e incrementaría su valor. Si esta consecuencia proviene de la acción del Estado, ¿por qué no debería el Estado compartir la ventaja que ha creado?<sup>20</sup>

La Anglo-Persian (entonces Anglo-Iranian) Oil Company fue nacionalizada en 1951 por el primer ministro iraní, el coronel Mossadeq, aunque la situación se revirtió con la reposición en el poder del Sha Reza Pahlevi en 1953. La participación del Estado británico en la British Petroleum se mantuvo hasta 1987, bajo el gobierno de Margaret Thatcher, quien había comenzado el proceso de privatización en 1979.

---

<sup>20</sup> Citado por Henry Longhurst en *Adventure in Oil. The Story of British Petroleum*. Sidgwick and Jackson. Londres. 1959. p. 52.

E incluso, siendo Churchill un imperialista, defendía un papel singular para la intervención estatal en las colonias:

Un hombre que sólo actúa en función de los beneficios empresariales y a quien no se juzga sino por sus resultados financieros, no suele escoger precisamente el sistema más adecuado para tratar con los nativos bajo el sol del África central. (...) Pero aun cuando esta clase de métodos pudiera facilitar un desarrollo más rápido de la zona, los beneficios obtenidos no revertirían ni en el pueblo ni en el Gobierno, para ser invertidos en nuevas industrias, sino en diversos individuos del otro lado del océano a quienes no preocupa en absoluto, sino a nivel comercial, el destino de estas gentes.

Dicho esto, continuaba Churchill:

No pretendo abogar por la exclusión arbitraria de las inversiones y sociedades privadas. (...) Pero los recursos naturales del país, en la medida de lo posible, deberían ser explotados por el propio Gobierno, aunque ello implique asumir la responsabilidad de nuevas funciones. En efecto, sería difícil encontrar un territorio donde las condiciones sean más favorables que en Uganda para poner en práctica un estado socialista experimental.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Winston S. Churchill. *Mi viaje por África*. Ediciones del Viento. La Coruña. 2003. p. 92.



No obstante lo anteriormente expuesto, no parece que las intervenciones comunistas en África, varias décadas después de escritas estas palabras (1908), hayan contado entre sus ideólogos con Winston Churchill. Para éste, partidario como se ha dicho de un imperialismo de corte paternalista, la instalación de ese socialismo experimental podría realizarse en las colonias dado que en las mismas la superioridad del gobernante británico frente a los nativos era manifiesta. Este punto constituía según Churchill el principal escollo a la aplicación del socialismo en los países europeos, ya que:

La cuestión de cómo deben ser elegidos los representantes y, una vez elegidos, cómo pueden ser controlados y sustituidos sigue siendo el principal problema político, incluso en una fase en que las funciones del estado están, en general, restringidas a los modestos límites del *laissez-faire*.<sup>22</sup>

A pesar de las modificaciones que propugnaba en el papel del Estado en la economía, Churchill era partidario del sistema capitalista, “el único sistema que ha sido inventado como un sustituto de la esclavitud”<sup>23</sup> y que constituía “el fundamento de la civilización y el único medio por el cual las grandes poblaciones modernas pueden ser suministradas con lo más

---

<sup>22</sup> Winston S. Churchill. *Mi viaje por África*. Ediciones del Viento. La Coruña. 2003. p. 93.

<sup>23</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume IV. 1917-1922*. Heinemann. Londres. 1975. p. 173.

necesario”.<sup>24</sup> En consecuencia, era partidario de “usar el gran resorte de la iniciativa humana como un medio de incrementar el volumen de producción en todos los lados y compartir los frutos de forma más extensa y equitativa entre millones de hogares individuales”.<sup>25</sup> Pero Churchill diferenciaba entre capital y monopolio. Para él la supervivencia del sistema capitalista requería la regulación de la adquisición de riqueza: “Los monopolios deben ser controlados por el interés general”.<sup>26</sup>

Churchill, que defendía como vemos el capital, estaba en contra del socialismo puesto que, en sus palabras, “el socialismo atacó el capital”.<sup>27</sup> Así pues, cuando en 1944 Friedrich Hayek publicó su libro *Camino de Servidumbre*, Churchill encontró el soporte teórico que necesitaba para su próxima contienda electoral con los socialistas. Empleó las ideas de Hayek en la campaña de 1945, e incluso sacrificó una parte importante del papel reservado por el Partido Conservador para dicha campaña, a fin de emplearlo en la edición de más copias del libro de Hayek. En su conocido “discurso de la Gestapo”, Churchill dijo:

---

<sup>24</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume V. 1922-1939*. Heinemann. Londres. 1976. p. 73.

<sup>25</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume IV. 1917-1922*. Heinemann. Londres. 1975. p. 902.

<sup>26</sup> Citado por Martin Gilbert en *Winston S. Churchill. Volume IV. 1917-1922*. Heinemann. Londres. 1975. p. 173.

<sup>27</sup> Citado por Martin Gilbert *Winston S. Churchill. Volume IV. 1917-1922*. Heinemann. Londres. 1975. p. 173.

No cabe duda de que el socialismo está inseparablemente entrelazado con el totalitarismo y el abyecto culto al Estado. No es sólo que la propiedad, en todas sus formas, sea atacada, sino que la libertad, en todas sus formas, es desafiada por las concepciones fundamentales del socialismo. (...) No se puede establecer un sistema socialista sin una policía política. Tendrían que caer en alguna forma de Gestapo, sin duda dirigida muy humanamente al principio. Y esto cortaría de raíz toda opinión, frenaría la crítica en cuanto levantase la cabeza y reuniría todo el poder en torno al partido supremo y sus dirigentes.<sup>28</sup>

La mención de la Gestapo para referirse a un partido como el Partido Laborista británico que había luchado en el gobierno presidido por el propio Churchill contra la Alemania nazi, y de cuyos jóvenes seguidores gran número había caído en los campos de batalla, no pareció afortunada a muchos, empezando por la esposa de Churchill, Clementine. El líder laborista Clement Attlee sacó partido de ello y manifestó que el discurso era “una versión de segunda mano de los puntos de vista académicos de un austríaco, el profesor Friedrich August von Hayek”.<sup>29</sup> Churchill perdió las elecciones de forma abrumadora y aunque el discurso referido no fue la única causa de ello, y ni siquiera la principal, si tuvo un efecto negativo entre el electorado. En las siguientes elecciones Churchill fue más

---

<sup>28</sup> Discurso radiado desde Londres. 4 de junio de 1945. Winston S. Churchill (editor). *Never Give In! The best of Winston Churchill's Speeches*. Pimlico. Londres. 2003. pp. 396-398. Edición española: *¡No nos rendiremos jamás! Los mejores discursos de Winston S. Churchill*. La Esfera de los Libros. Madrid. 2005. pp. 428-431.

<sup>29</sup> Citado por George H. Nash en *Hayek and the American Conservative Movement*. Conferencia en el Intercollegiate Studies Institute. Indianapolis. 3 de abril de 2004.

moderado en sus expresiones y, cuando volvió al poder en 1951 uno de sus objetivos prioritarios fue, según su secretario particular John Colville, “restaurar las libertades que habían sido erosionadas por las restricciones en tiempo de guerra y las medidas socialistas de posguerra”.<sup>30</sup>

Pero Churchill no fue el único que elogió el libro de Hayek. John Maynard Keynes también lo hizo: “En mi opinión es un gran libro. (...) Moral y filosóficamente me encuentro de acuerdo con virtualmente la totalidad de él”. Cuando años después a Hayek se le preguntó por qué razón Keynes había dicho eso de un libro que era profundamente crítico con los postulados keynesianos, Hayek contestó: “Porque [Keynes] creía que todavía era fundamentalmente un clásico liberal inglés y no era lo bastante consciente de cuánto se había alejado de esa posición”.<sup>31</sup> ¿No sería éste también el caso de Churchill?. Ya Ortega y Gasset advertiría sobre el hecho de que “los ‘viejos liberales’ se abriesen sin suficientes precauciones al colectivismo que respiraban”.<sup>32</sup>

Como hemos visto, Churchill, en su primera etapa política, fue un liberal anglosajón, esto es, cercano en sus planteamientos económicos a los postulados socialdemócratas. En un discurso en Glasgow en 1906 describió su posición al respecto:

---

<sup>30</sup> John Colville. *The Fringes of Power. Downing Street Diaries 1939-1955*. Weidenfeld & Nicolson. Londres. 2004. p. 594.

<sup>31</sup> Entrevista de Thomas W. Hazlett a Friedrich Hayek. *Reason Magazine*. Julio 1992.

<sup>32</sup> José Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas*. Revista de Occidente en Alianza Editorial. Madrid. 1983. p. 28.

No es posible establecer una división estricta entre el individualismo y el colectivismo. (...) El ser humano es, al mismo tiempo, un ser único y un animal gregario. Para algunos fines, debe ser colectivista; para otros, es y en todo momento seguirá siendo individualista. (...) No creo que el liberalismo, en ninguna circunstancia, pueda desvincularse de ese terreno fértil del esfuerzo social.<sup>33</sup>

Aunque claro está que, como señala Carlos Rodríguez Braun, este tipo de expresiones “son consignas atractivas pero que eluden el problema político fundamental: los límites del poder”.<sup>34</sup> Hay que tener en cuenta, sin embargo, que gran parte de la visión de Churchill sobre los aspectos económicos y sociales durante los primeros años del siglo XX se vió posteriormente afectada de forma importante por la experiencia de la revolución comunista en Rusia, frente a la cual, cómo antes se ha visto, mantuvo una posición de vanguardia entre los dirigentes de los países de democracia liberal. Y, por otro lado, Churchill, que conoció el auge de las teorías keynesianas que informaron durante años las políticas gubernamentales de los países de economía capitalista, murió antes de que se produjera el declive de las mismas al no poder dar una respuesta satisfactoria a la crisis económica de principios de la década de los años

---

<sup>33</sup> Discurso de Churchill en St. Andrew's Hall, Glasgow. 11 de octubre de 1906. Winston S. Churchill (editor). *Never Give In! The best of Winston Churchill's Speeches*. Pimlico. Londres. 2003. pp. 23-25. Edición española: *¡No nos rendiremos jamás! Los mejores discursos de Winston S. Churchill*. La Esfera de los Libros. Madrid. 2005. pp. 55-56.

<sup>34</sup> Carlos Rodríguez Braun al autor. 19 de diciembre de 2006.

setenta, dominada por el fenómeno conjunto de estancamiento e inflación.

Pese a todo lo anterior, y no obstante la alta función que desempeñó al frente del Tesoro, y a que desde su época de joven oficial de caballería se había preocupado por leer libros de carácter económico tan diversos como *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, el *Ensayo sobre el principio de la población* de Thomas Malthus y el *Manual de Economía de Política* de Henry Fawcett (un destacado seguidor de John Stuart Mill), Churchill no sentía en general un especial interés por la economía, cuyos tecnicismos no llegaba a dominar. En la Cámara de los Comunes llegó a reconocer: “ni mi padre ni yo fuimos nunca buenos con las cifras”.<sup>35</sup> El mundo de los negocios y de creación de riqueza no ejercía sobre él ninguna atracción y percibía, ya a principios del siglo XX, que:

Hoy en día nadie parece tener interés si no es en el dinero. Nada importa sino las cuentas bancarias. La calidad, la educación, la distinción cívica, la virtud pública parecen valer menos y menos cada año.<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> Citado por Ralph G. Martin en *Lady Randolph Churchill. A Biography 1854-1895*. The Literary Guild. Londres. 1970. p. 315.

<sup>36</sup> Discurso de Winston Churchill el 10 de noviembre de 1904, en St. Andrew's Hall, Glasgow. Randolph S. Churchill. *Winston S. Churchill. Volume II. Young Statesman 1901-1914*. Heinemann. Londres. 1967. p. 90.

Aunque las citas en latín no eran su fuerte, Winston Churchill seguramente no pondría objeción a que, a esto, un siglo después alguien apostillara: *Nihil novum sub sole*, nada nuevo bajo el sol.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> Eclesiastés 1,10.